

ORANDO CON LA PALABRA

(Domingo 8º del Tiempo Ordinario)

“ En aquel tiempo, dijo Jesús a los discípulos una parábola: «,Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo? Un discípulo no es más que su maestro, si bien, cuando termine su aprendizaje, será como su maestro. ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: “Hermano, déjame que te saque la mota del ojo”, sin fijarte en la viga que llevas en el tuyo? Hipócrita! Sácate primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la mota del ojo de tu hermano. No hay árbol sano que dé fruto dañado, ni árbol dañado que dé fruto sano. Cada árbol se conoce por su fruto; porque no se cosechan higos de las zarzas, ni se vendimian racimos de los espinos. El que es bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal; porque lo que rebosa del corazón, lo habla la boca».

(Lc 6,39-45)

Jesús, en el texto de Lucas, vuelve a retomar el lenguaje de las parábolas que, con narraciones sencillas, cuestionan nuestras actitudes y nos van reconduciendo hacia lo nuclear del mensaje cristiano.

La primera llamada que nos hace hoy la Palabra es la necesidad de tener una mirada limpia, objetiva, serena que contempla la realidad, la nuestra, la de los otros, la del mundo. Necesitamos liberarnos de nuestras cegueras , las que nos impiden ver con honradez, las que miran hacia otro lado, para evitar definirse y adquirir compromisos y las que brotan por dejarnos guiar por otras miradas turbias que no contemplan desde la objetividad y la transparencia.

La narración va ahondando en actitudes que nos cuestionan profundamente: ¡Hipócritas!. Qué fácil nos resulta ver la “mota” en el otro y no reconocer la “viga” en el nuestro. Necesitamos sinceridad y humildad para reconocer nuestras cegueras y errores y compasión ante la limitación y el pecado del otro. Compasión que respeta, que acoge, que comprende, que perdona.

Concluye el texto, recordándonos la necesidad de interiorizar, de hacer silencio para descubrir lo más genuino, lo mejor de nosotros mismos para ponerlo al servicio de los demás. Es desde dentro, desde el misterio del encuentro de Dios con la persona, desde donde se va configurando, va creciendo y madurando el árbol del que brota la ternura y la bondad. Sólo desde el encuentro transformante con Dios, daremos frutos, buenos frutos.

ORACIÓN

Vuelvo
a acercarme a tu presencia,
hecha Palabra,
diálogo,
interrogante.

Vuelvo
a acogerte
como luz que enciende,
que ilumina,
que orienta caminos
y estilo de vida.

Que tu luz, Señor,
me libere de mis cegueras.
Que mi mirada
sea limpia, transparente,
compasiva.
Que no me deje conducir
por otras miradas
opacas,
confusas,
que desdibujan la realidad
y la vida.

Me duele, Señor,
reconocerme
como ese hipócrita
que juzga
la mota de su hermano
y no cuestiona la viga
que lleva en el suyo.

Dame Señor,
honradez y humildad
para reconocer
y aceptar
mis errores,
mi parcialidad,
mi pecado.

Y dame
entrañas de Misericordia
para que me acerque al otro
con mirada compasiva.
Que lo acoja
sin juzgar apariencias,

sin contabilizar faltas,
sin guardar resentimientos.
Que lo valore
confiando en las posibilidades
que guarda
en su corazón.

Que nos adentremos
en silencio,
en nuestro propio
misterio personal
para reconocer
y agradecer
toda la capacidad
de bondad y ternura
que el Señor
ha dejado en nosotros.

Que sepamos cuidar,
cultivar,
madurar estas semillas
haciendo el bien,
acortando distancias,
acogiendo soledades,
abrazando sueños,
compartiendo caminos.

Que las dejemos
crecer en nosotros
y abran sus ramas
como el árbol
sano, recio y frondoso
que da frutos buenos.
Los frutos
saboreados y compartidos
de tu Reino

Amén

(Hna. F.Oyonarte)

